AEROPUERTO

Marta Alvarez Carasa

Capítulo 1

Vistos desde fuera hay que decir que parecían perfectos el uno para el otro. Y cuando les llegabas a conocer desaparecía cualquier duda que puedieras tener sobre si existen o no las almas gemelas. Al verles juntos, estaba claro que sí.

Al verles, te dabas cuenta de cuánto amor y significado puede guardar una mirada acompañada de un suspiro.Que de verdad las almas de dos personas pueden estar tan unidas como para transformarse en un todo indivisible.

Las despedidas siempre eran lo más duro; maldito aeropuerto que separaba ese todo y lo desgarraba, devolviéndolos a una realidad hostil, alejada de ese sueño en el que se sumían cada semana. Un sueño con fecha de caducidad, pero también de renacimiento. Final y comienzo. Cada viernes, ella acudía a despedirle, a verle marchar, deseando que las horas se transformasen en segundos y soñando quizás, que algún día se diese la vuelta y volviera junto a ella. Para no irse. Sin embargo, siempre se iba y a ella solo le quedaba rogar porque las horas se transformasen en segundos y pudiera volver a respirar su colonia.

Por su parte, él sufría tanto o más que ella. Cansado de despertar a una realidad ajena e incompleta que no le hacía feliz pero que tampoco podía abandonar porque hacerlo supondría perder lo que más quería. Estaba dividido. Roto. Y eso le estaba matando.

La miró. Tan fuerte y comprensiva como siempre pero con ese velo de tristeza que nublaba sus preciosos ojos pardos. Ese velo cada vez más fuerte y tupido.

La cola avanzaba, debía embarcar ya. Apenas unos segundos quedaban del sueño, aquel en el que volverían a sumirse al cabo de apenas dos días. Dos días y volvería a sumergirse en el profundo lago de sus caricias y besos, de un amor sin remordimientos. Un espejismo. Breve, sí, pero mejor eso que nada, mejor vivir soñando cinco días y morir dos si a cada muerte le sigue la promesa del reencuentro.

En el punto en el que ambos estaban, ya no era una cuestión de moralidad, de lo que está bien o de lo que está mal, simplemente es lo que es. La vida y la realidad que les había tocado vivir.

Una caricia y un beso; siempre la despedía así mientras ella recolocaba su corbata. Un mensaje por megafonía. Hay que embarcar.

Adiós. Que palabra más desagradable, acompañada por el sonido de dos almas al desgarrarse, al saber que no van a estar juntas y sin saber si

aguantarán la ausencia.

Ella es fuerte y siempre ha sabido cual era la situación, por eso, él jamás la vio derramar una sola lágrima en el aeropuerto. Pero quizá no era cuestión de fortaleza, simplemente hay veces que cuando alguien está roto, ni siquiera salen las lágrimas.

Se despiden. Volverá, siempre lo hace y cada vez es más duro. Él la observa alejarse hasta la salida; ahora el roto es él. No soporta ver como se aleja y él ya ha empezado a morir, poco a poco, sin ella cerca le cuesta respirar y solo le queda esperar a verla otra vez y en sus fuertes y finos brazos resucitar.

Suena su teléfono. Tic y tac. Fin del sueño, fin de la vida y vuelta a la realidad. Una voz que lo dice todo y no dice nada, pero que le empuja a vivir o al menos, sobrevivir a aquello de lo que se separa. Una voz que le impide darse la vuelta. Una voz que le impide vivir en su sueño permanente.

-Hola cariño... ¿Qué? No, aún no me he montado. ¿Al partido? Pues claro, no me lo perdería por nada. Si, claro que tengo ganas de veros…Oye, ¿está mamá por ahí?...

Toc. Última mirada. Azote de la realidad que como un gélido puñal le indica el camino a eso que llaman "*hogar"*.